

haciendo arremetieron á ellos con tanta furia, que en poco menos de media ora los lleuaron hasta un lugar que llaman Acaquilpan, haciéndoles perder gran parte del campo; al segundo ímpetu y reencuentro los lleuaron, retrayéndose hasta Tlapitzauayan.

Los chalcas, viéndose lleuar de vencida, pidieron á los mexicanos que parasen, que les querian decir cierta cosa: los mexicanos pararon para ver lo que les querian decir, y parados, dixéronles: hermanos mexicanos: aueis de saber que de hoy en cinco dias tenemos la fiesta de nuestro dios *Camaxtli*, y queremos celebrar con gran solemnidad y untalle su templo con sangre de mexicanos para que sea mas seruido y honrado; por tanto, lo que os pedimos es que el dia mesmo deste nuestro dios salgais al campo, en este mesmo lugar, porque queremos celebralle su fiesta con vuestras carnes, y dexadnos hacelle plegarias y sacrificios para ver si es seruido dello: id y descansad que no tenemos priesa, que tiempo aurá para todo: y con esto los unos y los otros se despartieron y los chalcas se fueron á su ciudad y los mexicanos á México dexando gente de guarnicion en aquel lugar. Llegados á México los señores y gente de guerra y contaron á *Montecuma* lo que auia pasado y cómo les auian tomado gran parte de sus tierras y el ardid que los chalcas auian tenido para no quedar del todo desbaratados, viendo que ya iban de vencida, rogándoles les dexasen celebrar la fiesta de su dios y que querian rogalles les diese favor y que le prometian celebralle la fiesta con sangre y carne de mexicanos, y que este era el voto que auia hecho á su dios pidiéndole favor y ayuda contra ellos. *Montecuma*, viendo que tanto les turaban los chalcas, sin poder ser vencidos, hizo voto á su dios que así como los chalcas auian prometido á su dios *Camaxtli* de le celebrar la fiesta con sangre de mexicanos, que así le prometia de se la celebrar con muerte de muchos chalcas y de le edificar el templo con chalcas y no con otra gente y de le hacer un sacrificio de fuego de cuerpos de chalcas solenísimo y suntuoso. *Tlacaelel* y todos juraron lo mesmo, diciendo muchas palabras soberuias y ayradas contra los chalcas.

Llegado el quinto dia que auian turado las treguas que los chalcas auian pedido, salió el ejército de México con gran voluntad y deseo de vencer, aperciuiendo á todos los soldados quel que pu-

diesen auer á vida, le prendiesen para efeto de cumplir el voto que auia hecho. Salido el ejército de México, mandó *Montecuma* recoger todos los moços de doce años arriba y recoxieron gran número dellos y hícolos armar á todos y dar sus arcos y flechas y rodela y espadas, elixiéndoles capitanes que fuesen con ellos y luego los despachó tras el ejército, para que viendo los chalcas llegar gente de nuevo pensasen era otro ejército y temiesen; y así fué que auiendo llegado el primer ejército y viendo los chalcas questauan ya por la alda del cerro de Tlapitzauayan, empezaron á dar grandes voces y á decir: ea, mexicanos: vení, vení; oy se a de concluir este negocio y ya está aparejada la nabaja del sacrificio y nuestras mugeres están ya con las ollas en la lumbre aguardando los pedaços de vuestras carnes para cocellos; por tanto, á la obra, y en diciendo esto alçaron el alarido y arremetieron á los mexicanos. Los mexicanos arremetieron á ellos con tanta furia, que aunque allando gran resistencia, todavia les hacian ir atras. A esta ora llegaron los mochachos, que desde lexos parecian gente muy lucida, de la qual llegada los chalcas empezaron á desmayar y á dexar el campo, tanto que á poco rato los tenian junto á Nexticpac, en aquel llano questá frontero de la venta que agora llaman de Chalco, y allí quisieron hacer pié; pero los mexicanos no les dando lugar para reforçarse los siguieron hasta Tlapechhuacan: los chalcas, subidos en aquel cerro de Tlapechhuacan, pidieron á los mexicanos los dexasen descansar y tomar resuello: los mexicanos, no admitiendo sus ruegos, les dixeran: ea, mugercillas, no penseis de tornar á pedir treguas, porque no os las emos de conceder; ni la noche a de ser parte para despartirnos: aquí aueis de conocer quién son los mexicanos: veamos quién celebra fiesta, nosotros ó vosotros: queremos ver cómo cumplís el voto que tenis hecho á vuestro dios, y diciendo esto dieron tras ellos y siguiéronlos hasta un lugar que llaman Cocotitlan, que cae hácia la parte de Tepupula, en el qual alcance dicen que murió gran número de chalcas y que no quedó yndio ni muchacho del ejército mexicano que no prendiese y cautiase uno ó dos, ó matase algunos. Los que quedaron de los chalcas se escondieron y huyeron de tal arte que no pareció hombre dellos.

Los mexicanos, dexando allí mucha gente que guardase aquel paso, porque los chalcas no lo tornasen á cobrar y no perder lo ganado, voluieron los señores á Tlapizauayan donde fueron receuidos con mucho temor de los moradores de aquellas estancias y allí empezaron á contar los presos que traian y allaron ser trescientos soldados valerosos, sin otra gente comun, que eran hasta ducientos, de manera que por todos eran quinientos chalcas, los quales los llevaron á México, y luego otro dia que llegaron, con parecer de *Tlacaelel* y del rey, sin mas detenimiento fueron sacrificados á su dios *Vitzilopochtli*, cumpliendo el voto que auia hecho, y ensangrentaron el templo con la sangre de quinientos hombres, y haciendo un sacrificio de fuego, el mas terrible y orrendo que se pudo pensar, quel que uviere leído la relacion que tengo hecha destes sacrificios lo podrá notar allí, pues hacian una gran hoguera en un brasero grande hecho en el suelo, al qual llamauan fogon diuino y allí vivos los echauan en aquella gran brasa, y luego, antes que acabasen de espirar, los sacauan el coraçon y lo ofrecian á su dios, bañando todas las gradas y el lugar de la pieça con la sangre de aquellos hombres

CAPÍTULO XVII. ¹

De la cruel batalla que los chalcas dieron á los mexicanos entre Amecameca y Tepupula, en vengança del cruel sacrificio que dellos hicieron, donde murieron tres hermanos del rey de México, y al fin los chalcas fueron vencidos.

Acauado el sacrificio, hartos los mexicanos de carne umana, engolosinados con la vitoria de que estauan muy pujantes, el rey *Montezuma* mandó á *Tlacaelel* que tornase á ordenar sus gentes, lo qual fué en un momento hecho. Ordenadas, partieron para Chalco lleuando el mesmo camino que hasta allí, y llegados á Tepupulan, y pasando de allí sin temor ninguno, llegaron á una estancia que se llama Tlacuilocan, á las mesmas casas casi de Amecamecan, donde entonces en aquel tiempo era la caueça de aquel reyno

¹ Véase la lámina 8ª, part. 1ª.

ó prouincia. Los chalcas, sentidos de tan gran atreuimiento, salieron de la ciudad de Amecamecan toda quanta gente auia, que no quedó mochacho que pudiese jugar una rodela y espada que no saliese, y por otra parte, todos los mas pueblos de la redonda, y tomándolos casi en medio, empezaron á dar sobre ellos con tanta furia, que los mexicanos holgaran no auer entrado en tanto aprieto; pero viéndose forçados á morir ó vencer, hicieron una rueda, y los unos por vencer y los otros por no dexarse morir, fué tan grande el combate y priesa, que cayendo muertos de ambas partes tanta multitud de yndios que cubrian el campo, andando entremetidos y revueltos unos entre otros sin orden ni concierto, matándose á diestro y á siniestro con grandísima furia, de suerte que ya de puros cansados de auer trauajado y peleado todo el dia, se apartaron los unos de los otros lleuando de una parte y de otra todos los presos que pudieron auer; y recoxidos los mexicanos á Itztopatepec, en un lugar que se dice Aculco, miraron por los principales señores de su ejército y allaron tres principales hermanos del rey, menos, y yéndolos á buscar allaronlos en el campo muertos y truxéronlos, los quales venian llenos de muchas heridas mortales, rodeados de gran cantidad de yndios muertos; el uno se llamaua *Chauaque*, y el otro *Tlacauepan*, y el tercero *Quetzalcuauh*, a los quales les truxeron al rey *Montezuma* y á *Tlacaelel* que se auian quedado en Tlapechhuacan confiados de sus valerosos mexicanos.

El rey, quando les vido así muertos y tan mal heridos, y por el consiguiente *Tlacaelel*, queran sus hermanos y de los mas valientes del ejército, pesóles en el coraçon, y así el rey empezó á llorar y á lamentar sobre ellos y á decir: oh valerosos hermanos míos: dichosos vosotros que moristes mostrando el valor de vuestras personas; vays envueltos en piedras preciosas y en plumajes preciosos de vuestras haçañas, procurando el aumento de vuestra patria y la honra y defensa de vuestro hermano el rey. Y vuelto á *Tlacaelel*, questaua sin hacer mudamiento, ¹ le dixo: ¿qué te parece, *Tlacaelel*, de estos tus hermanos que aquí ves muertos? *Tlacaelel* le respondió: poderoso Señor: no me espantan á mí ni me admiran esas muer-

¹ Es decir, que se manifestaba impasible.